

## NUESTRA EXPERIENCIA MONÁSTICA DE DIOS

### *Enfoque del tema*

Nos parece demasiada osadía que una sola comunidad aspire a detallar lo específico y las connotaciones de “La experiencia monástica de Dios”. Sabemos que los encuentros con Dios quedan marcados y condicionados por las mil determinaciones de los que la reciben. Además, nuestros intercambios comunitarios nos mostraron que los mismos teólogos usan una gran variedad de terminología al tratar la materia<sup>2</sup>.

Por estos motivos hemos cambiado un tanto el enfoque del tema. Aunque nos referimos en las notas a varias obras teológicas, no vamos a ofrecer ningún tratado académico ni *a priori*, sino reflexionar sencillamente sobre algunas de nuestras vivencias tal como han tenido lugar y se desarrollan en nuestro marco de vida monástico-cisterciense. Al hacerlo sentimos nuestra pobreza en la materia, pero tenemos presentes aquellas palabras del profeta Jeremías que dicen:

“Ya no tendrán que adoctrinar más el uno a su prójimo  
y el otro a su hermano diciendo:  
¡Conoce a Yahveh!  
porque todos me conocerán,  
del más chico al más grande.  
Seré indulgente con sus maldades,  
y de sus pecados no me acordaré ya más”<sup>3</sup>.

Y aquellas otras de santo Tomás de Aquino: «El Hijo de Dios es enviado al alma al ser conocido y percibido, porque la percepción significa un cierto conocimiento experimental que es propiamente llamado “sabiduría”, es decir una ciencia saboreada»<sup>4</sup>.

Usamos la palabra “experiencia” en un sentido amplio. Entendemos por ella un conocimiento del Dios *Vivo*<sup>5</sup>; conocimiento misterioso que preferimos no definir por ahora en más detalle; un conocimiento que puede ser tanto exterior como interior, pero en ambos casos es, para la persona que lo tiene, un signo de la presencia activa del Ser trascendente y un medio privilegiado por el cual se advierte, se percibe o se comprende su viviente realidad y obra.

Calificamos esta experiencia de “nuestra” no en un sentido de apropiación o encerramiento sino todo lo contrario. Nos parece mas auténtico hablar solamente de aquello que, de alguna manera, “hemos

---

<sup>2</sup> Para un breve desarrollo teológico del tema, ver L. BOUYER, *Introducción a la vida espiritual* (Barcelona, Herder 1964), pp. 332-337; K. RAHNER y H. VORGRIMLER, *Diccionario Teológico* (Barcelona, Herder 1966), pp. 246-7; y E. O’CONNOR, “The Catholic Pentecostal Movement: A Theological Assessment”, en *Proceedings of the 24th (1969) Annual Convention of the Catholic Theological Society of America* (N. Y., 1970), pp. 93-103. Para un desarrollo más amplio: “Expérience spirituelle” en *Dictionnaire de Spiritualité* (Paris, 1961), cols. 20004-2026; y J. MARITAIN, *Los grados del saber* (Bs. As. Club de lectores 1968), pp. 401-420.

<sup>3</sup> Jr 31,34-35 y Hb 8,11-12. Ver Jn 6,45.

<sup>4</sup> *Summa Theologica*, I,43,5 ad 2. Para Santo Tomás, el conocimiento experimental significa el de singulares realmente presentes (*De Malo*, 16,1 ad 2). De las Personas divinas habitando en el alma por la gracia, se puede tener, por analogía con los sentidos corporales, un conocimiento “quasi - experimentalis” (*Summa Theol.* I,43,3 ad 1; I-II,112,5; II-II,45,2).

<sup>5</sup> Reflejamos aquí la “Declaración del Capítulo General de 1969 sobre la vida cisterciense”, publicada en *Cuadernos Monásticos* 11 (1969), pp. 131-134, especialmente p. 133: “Impregnada del sentimiento de la trascendencia divina y de la soberanía de Cristo, que es el alma de toda la Regla, nuestra vida está enteramente orientada hacia la experiencia del Dios vivo”. Ver también el número de *Collectanea Cisterciensia* 33 (1971), pp. 1-27, dedicado a “Attention a Dieu et experience de prière”.

contemplado y tocado con nuestras manos acerca de la Palabra de Vida, pues la Vida se manifestó y nosotros la hemos visto y damos testimonio...”<sup>6</sup>. Asimismo creemos que toda gracia otorgada a uno redundará en bien de todos, “todos somos miembros de un mismo cuerpo”<sup>7</sup> y este cuerpo es la Iglesia de Jesús.

### *Reflexiones*

Trataremos aquí de resumir muy brevemente los distintos hilos y temas expresados en los testimonios de los hermanos, y en las opiniones mencionadas en los diálogos comunitarios. En general podemos decir que lo característico de nuestra experiencia monástica de Dios es un progreso, un desarrollo, un esclarecimiento de la fe que, iluminada por el Espíritu, descubre la presencia vital de Dios habitando en el monje, presente en la creación, los acontecimientos y los hombres y actuando en todos ellos. Se trata básicamente, de una experiencia de fondo, continua, casi diríamos ordinaria. Algo parecida, en ciertos aspectos, a la del hijo mayor de la parábola del hijo pródigo: “Hijo, tu estás siempre conmigo - le dijo su padre- y todo lo mío es tuyo”<sup>8</sup>. El hijo mayor no se dio cuenta de la presencia de su Padre; pero el monje, sí; está seguro de que su Padre vive en él y que Él quiere hacer de Su hijo lo más suyo posible. El monje-hijo salta de profunda alegría y paz en esta unión con su Padre. En ella percibe que su acceso al Mismo es por su Hermano, Cristo, en el Espíritu que clama “Abba”, en comunión de vida con el Cuerpo Místico del Señor.

La experiencia del conocimiento de Dios implica también un conocimiento experimental de uno mismo. Necesariamente hace al monje más humilde, es decir, más verdadero. Este se reconoce pecador, lleno de imperfecciones e impurezas, con una multitud de tendencias y deseos torcidos. Se da cuenta de que precisa ser redimido y necesita un Salvador. Le busca con todo su corazón y es así nuevamente hallado por Él. La respuesta del monje se expresa en un deseo concreto de “no anteponer nada al amor de Cristo”.

Iluminado y animado por la Palabra del Señor, se van desarrollando en el monje varias disposiciones: *compunción* de corazón, por la que es movido al ayuno, a las vigias, a la pobreza como medios aptos de purificación para llegar a ser menos indigno del amor de Cristo; *compasión*, que le hace servicial, paciente, afable y obediente a sus hermanos, pecadores redimidos como él; y *contemplación* que, en sus diversas formas, encuentra en la liturgia, la Biblia y los misterios de la fe, fuentes en que puede saciar su hambre de Dios. La vida diaria se vuelve un continuo sacramento de encuentros con Dios: el culto divino, la “lectio”, el trabajo, los encuentros espontáneos de oración y todo el medio ambiente asumen una dimensión insospechada. Los “instrumentos monásticos” se vuelven así respuestas de amor del monje a su Señor.

Sin embargo, estos medios monásticos apenas fueron mencionados en los relatos personales. Tampoco se refirieron mucho a los sacramentos de la Iglesia. En realidad los dábamos por sentado. Lo que nos importa es el efecto producido por Dios por la práctica de estos medios. Esto subraya el hecho de que el monje tienda a ver a Dios en *todas* las cosas, que hay una unidad en su vida y que los medios, por indispensables que sean, siempre siguen siendo medios.

Penetrado por el misterio del Dios trascendente, el monje sabe que todos los medios juntos, acumulados y sumados, no son más que pasos finitos que nunca jamás alcanzarán al Infinito. Entre Dios Todopoderoso, Trascendental e Infinito y su criatura existe un abismo franqueable sólo en Cristo Mediador. Al confrontar esta Realidad abrumadora, el monje se inclina en silenciosa y retirada adoración. En esta actitud de reverencia, espera todo de su Señor y esta espera diaria se convierte poco a poco en un profundo deseo, anhelo y ansia por la venida definitiva del Señor, cuando El será

---

<sup>6</sup> 1 Jn 1,1.

<sup>7</sup> Rm 12,5.

<sup>8</sup> Lc 15, 31.

todo en todos. Entonces tendrá lugar la manifestación de los hijos de Dios y la liberación de esta Iglesia peregrina que, por el momento, está oculta con Cristo en Dios.

En este peregrinar, María es un modelo y una ayuda. Ella engendra misteriosa y silenciosamente la Palabra en la vida del monje y le acompaña en sus relaciones con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo. Bajo su protección maternal el monje crece en la mansedumbre de corazón y en el anhelo por la plenitud del Reino de Dios. Todo esto es lo que podríamos llamar *experiencia constante*, de fondo, progresiva; experiencia que paulatinamente deífica.

Algunos relatos mencionaban también otro tipo de encuentros, llamémoslos “*encuentros epifánicos*” o más propiamente místicos. Parecen ser anticipo de la manifestación final. En ellos Dios lleva la iniciativa, su amor purificador eleva, colma, plenifica y transforma en lo más íntimo del ser. Si bien esta experiencia no es necesariamente ninguna característica de la oración monástica como tal, sin embargo intensifica y eleva a la superficie de la vida del monje la experiencia constante y progresiva de Dios y de las cosas divinas. El medio ambiente monástico, como así también sus prácticas, deben disponer a estas visitas místicas que corresponden, en realidad, al desarrollo normal de la vida de la gracia bautismal.

### *Conclusiones*

Así aparecen dos conclusiones generales de esta reflexión sobre nuestra experiencia monástica de Dios. La primera es la realidad de la experiencia. La sinceridad y la sobriedad de los testimonios indican que, de muy diversas maneras, ajustándose a las disposiciones, las necesidades y las vocaciones personales de cada persona, el Ser trascendente se hace activa Presencia, revelándose personalmente a sus hijos<sup>9</sup>. Sobre cada experiencia particular, claro está, es necesario ejercer el discernimiento espiritual, pero el hecho de que una comunidad en conjunto afirme su convicción de tal suceso, describiendo las dificultades y los frutos cosechados, tiene una importancia no desdeñable.

Una segunda conclusión es la doble dimensión de éstas experiencias. La dimensión de fondo, claro-oscuro, estable, pero dinámica, es sin duda lo más típico de nuestra experiencia.

Pensamos que tal experiencia, causada por la luz enceguedora de Dios<sup>10</sup>, es favorecida por las condiciones especiales de nuestra vida: el apartamiento de la sociedad, el silencio, la rutina, las vigilias, la austeridad general, la liturgia monástica, la reducida cantidad de imágenes que se presentan a la imaginación. Estas circunstancias crean un ambiente de atención y captación de las realidades de la fe. Ahora bien, la fe es la Persona misma de la Palabra de Dios, revelándose al hombre y aceptada por éste en un abrazo oscuro pero muy real y absolutamente cierto<sup>11</sup>. La experiencia constante, de fondo, no es otra cosa que la fe vivida sin añadiduras. Es la Palabra de Jesús que purifica y recrea (*Jn 15,3*).

Al lado de esta experiencia básica, como ya hemos señalado, hay otras que podemos considerar como “acontecimientos”. Se trata de encuentros más intensos y más sensibles, las hemos llamado experiencias epifánicas. En ellas distintas realidades del mundo de la fe (la Trinidad, el Espíritu, la Redención, María, el Cuerpo místico...) son iluminadas en el corazón y a veces redundan sobre los sentidos. En estos aspectos, para el hermano que las experimenta, la fe, ilustrada por los dones del Espíritu<sup>12</sup> -especialmente el de sabiduría- se hace sabrosa y evidente. Esto corresponde a un

---

<sup>9</sup> Ver CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática “Dei Verbum”*, n 8: “Dios, que habló en otros tiempos, sigue conversando siempre con la Esposa de su Hijo amado; así el Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo entero, va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la palabra de Cristo (cf. *Col 3,16*)”.

<sup>10</sup> Ver san JUAN DE LA CRUZ, *Noche oscura* II,V,1.

<sup>11</sup> Ver *Constitución dogmática “Dei Verbum”*, ns. 4 y 5.

<sup>12</sup> *Ibid.*, n. 5: “Para que el hombre pueda comprender cada vez más profundamente la revelación, el Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe con sus dones”.

florecimiento de lo que muchos Padres de la Iglesia han llamado “sentidos espirituales”<sup>13</sup>. Es el Espíritu que renueva la faz de la tierra.

Una tercera conclusión -y por cierto la más importante- es que Dios es dueño de Sí mismo y de sus dones. Se manifiesta donde y cuando quiere, sin poner muchos reparos ante la miseria de su creatura. Diríamos con santa Teresa de Lisieux<sup>14</sup>, que lo propio de su Amor es abajarse.

---

<sup>13</sup> Ver, por ej., J. DANÉLOU, *Orígenes* (Buenos Aires, Ed. Sudamericana 1958), pp. 375-77; y H. U. VON BALTHASAR, *Ensayos Teológicos II, Sponsa Verbi* (Madrid, Cristiandad 1964), pp. 561-96.

<sup>14</sup> *Manuscritos autobiográficos* (Burgos, 1958) p. 6.